

Apura el cáliz hasta el fondo, y luego
vierte en él una lágrima de fuego
que el áureo vaso hasta los bordes llena.

Temblan sus manos... una sola gota
desciende al suelo... y en el suelo brota
como un cáliz de nieve una azucena!



LA FUENTE Y EL RUISEÑOR

A Manuel de Sandoval.

I

Oh, quién fuera fuente clara,
para ver siempre en mi fondo
temblar tu cuerpo y tu alma!

—¡Oh, quién fuera ruiseñor,
para pasarme la vida
cantando siempre á tu amor!

El ángel que les oía
asomado entre un rosal;

el ángel que les oía
á Dios se puso á rogar.

Y con tal fé le rogó,
que en aquella misma hora
el milagro se cumplió!

II

Romero que va á Santiago
la boca seca de sed,
¡con qué gozo entre las rosas
verás el agua correr!

Más á beber de sus aguas
nunca te inclines, juglar,
que parece que son lágrimas...
¡Mira tú si amargarán!

III

La claridad de la fuente
 nunca una nube empañó...
 Y en el rosal, contemplándola,
 canta siempre un ruiseñor!



LA SAETA

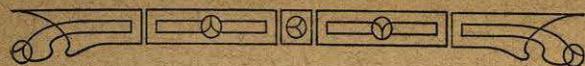
A Mario Muñoz Bustamante

En el Atrio del templo, unos soldados
 Entre blasfemias y entre juramentos,
 con ojos de ansiedad siguen atentos
 sobre un escudo resbalar los dados.

Como ciega, al azar, la suerte vuela,
 un arquero de rabia el puño muerde
 y blasfema de Dios, al ver que pierde
 el último doblón de la escarcela.

Levanta el arco, y, con la faz sombría,
á los cielos dispara, mientras reta
la cólera de Dios con la mirada...

Más ¡oh, milagro! un grito de agonía
resuena en el azul... y la saeta
desciende hasta sus pies, ensangrentada!



NOCHE DE ÁNIMAS

A Rafael López.

Ahullan lobos por la serranía,
Ahullan vientos entre los pinares...
¡Oh, si no fuera por Santa María,
nadie tornara á pisar sus hogares!

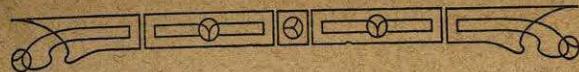
Duermen los pobres que Dios nos envía
acurrucados por esos pajares...
¡Ay del que pase la noche sombría
sobre un madero, perdido en los mares!

Se escucha un sordo rodar de cadena;
el cortinaje vivaz se extremece...
Nos levantamos del lecho, en camisa...

Es el fantasma de un ánima en pena
que en los espejos se nos aparece
para encargarnos, por Dios, una misa!



PERFUMES DEL ROMANCERO



BLANCA NIEVE

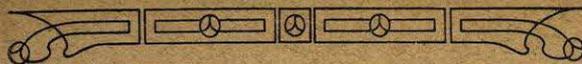
A J. M. Moya del Pino.

Anda en los huertos descalza y sin ropa,
en la alborada temblando de frío,
la princesita, cogiendo rocío
entre sus manos en forma de copa.

Viste un beirame que vale un tesoro,
y en el fulgente sopor de la siesta
va á perseguir por la verde floresta
las mariposas de luz y de oro.

Entre esculturas de marmol y plata
todas las noches su albor se retrata
en la ilusión de la clara laguna.

Y como rosas de níveos rosales
va recogiendo brazados de Luna
en la blancura de sus delantales.



ROSAURA LA INFANTINA

A Ricardo Marín.

Es cruel como un ogro Rosaura la Infantina.
Parece hija del diablo y de una concubina...
¡De sus manos te libre el Señor, golondrina,
pues saltará tus ojos con una aguja final!

¡Lebrel, si amas la vida y conservarla quieres,
huye como de una víbora, si la vieres,
pues te dará resiente con puntas de alfileres!

A su puerta no toques, pobre mendigo anciano,
que está cerrada á todo sentimiento cristiano!
Te arrancará las barbas de plata con su mano...
¡Te echará á la pocilga donde gruñe el marrano!

¡El cuerno del viadante no soples, buen juglar,
ni á su presencia nunca te pongas á trovar,
que ella el laud, tu única gloria, te ha de quebrar!

¡Es malvada!... Sus manos que envidian serafines,
por las que rompen tantas lanzas los paladines,
derriban los nidales que alegran los jardines
y matan las abejas con ramos de jazmines!

Y con sus escarpines de oro en el sendero
le troncha las patitas al implume jilguero
y aplasta á las hormigas que van al hormiguero!

¡Oh, pobre paje rubio que por el huerto en flor,
de la luna de marmol bajo el blanco fulgor,
vagas como una sombra, sollozando de amor,
hasta caer llorando al pie del surtidor!

Antes de ver los ojos que causaron tu pena,
¡más te valiera, paje, colgarte de una almena!





DESPUÉS DE ÁNIMAS

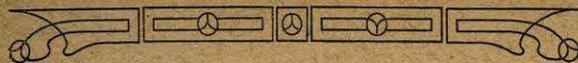
A J. J. Núñez y Domínguez.

El viejo castellano junto al hogar leía
un apergaminado libro de cetrería,
donde entre antiguas máximas de sabia erudición,
se habla del gerifalte, del nebli y del halcón.

Una dueña su eterno rosario mascullaba
cabeceando el sueño; sus gestos imitaba
agitando su roja caperuza, el bufón,
y al moverse sonaba su cascabel de hurón.

Silenciosa la joven señora el lino hilaba
 en su huso de oro, y, á hurtadillas miraba
 al pajecillo rubio que al pie de su escabel

sonriendo mimoso, con aire distraído,
 estiraba hasta hacerle lanzar sordo gruñido
 las largas y lanudas orejas de un lebel.



EL LUCERO DE ORO

A Carlos Díaz Dufío,

I

Si con este cuerpo
 quieres calentar
 tu tálamo, Príncipe,
 me tienes que dar
 todos los tesoros
 del arcón real!
 —¿Por qué me rechazas,
 si te he dado ya
 todos los tesoros
 del arcón real?